

Crisis o transición del sistema político	Título
González, Fernán E. - Autor/a	Autor(es)
En: Controversia no. 171. (diciembre 1997). Bogotá : CINEP, 1997.	En:
Bogotá	Lugar
Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)	Editorial/Editor
1997	Fecha
	Colección
Representación política; Partidos políticos; Política; Reforma política; Crisis política; Estado; Sistemas políticos; España; Colombia; América Latina;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100916020439/crisisotransiciondelsistemapoliticoControversia171.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Seguí buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



ULLLOU

TORNEO PREIOLI

MIERCOLES

18 de MARZO

TEATRO

IV SEMANA DE TEMPORADA

DIABLO DEL RE

DEL 18 AL 22 DE MARZO

ESCRITA Y DIRIGIDA POR: SANTIAGO GARCIA
DE MIERCOLES A DOMINGO

RA. 13 / CALLE



PICO

8:15 P.M.

REPERTORIO FEBRERO 25 A ABRIL 12 PRESENTA

BUSQUE

CALLE 12 N° 2-59 TEL 2 814 814

6 CRA. 13

CRISIS O TRANSICIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO

FERNÁN E. GONZÁLEZ¹

El sistema político colombiano ha experimentado en los últimos años una profunda crisis que ha llevado a una situación de inestabilidad política y social. Esta crisis se manifiesta en la pérdida de legitimidad de las autoridades electas, en la corrupción generalizada y en la falta de confianza de la ciudadanía en el sistema de gobierno. En consecuencia, se ha generado un clima de incertidumbre y de desconfianza que impide el desarrollo normal del país.

En este contexto, es necesario analizar las causas de esta crisis y buscar las vías para su superación. Una de las principales causas es la falta de transparencia y de rendición de cuentas por parte de las autoridades. Además, la corrupción ha alcanzado niveles alarmantes, afectando a todos los niveles de la administración pública. Esto ha generado un profundo descontento en la población, que siente que sus intereses no son protegidos y que el sistema político no responde a sus necesidades.

Para superar esta crisis, es necesario implementar reformas profundas que permitan fortalecer el sistema democrático y garantizar la transparencia y la integridad de las autoridades. Esto incluye la creación de mecanismos efectivos de control y fiscalización, así como la promoción de la participación ciudadana en los procesos de toma de decisiones. Solo así se podrá recuperar la confianza de la ciudadanía y garantizar el futuro del país.



1 Político e historiador político, investigador del CINEP. Profesor de la Universidad de los Andes.



El proceso 8000 dio a la temática prevista por el VI Coloquio de Sociología, convocado por la Universidad del Valle, donde las ideas de este artículo fueron discutidas en forma preliminar, unos alcances que superaron las expectativas previstas por sus organizadores². Por otra parte, el desarrollo del mismo coloquio evidenció aún más la tendencia generalizada a leer los problemas del país como crisis total de la sociedad y del Estado. Desde el momento en que se realizó ese encuentro hasta hoy, esta tendencia apocalíptica se ha venido acentuando, lo que dificulta el análisis sereno de los problemas que se agrupan bajo esta mirada de crisis generalizada. Este enfoque privilegia la mirada sobre los aspectos patológicos y los aspectos de frustración colectiva, que están evidentemente presentes en la actual coyuntura, y en muchas otras de nuestra historia pero puede hacernos correr el riesgo de dejar de lado los aspectos estructurales del problema.

En contraste con esa tendencia, este artículo intenta mostrar que la lectura de los cambios recientes como crisis permanente se origina en una concepción estática y armónica del orden social, que se supone siempre amenazado por las fuerzas del caos. También propone una lectura de la crisis que se inserte en los procesos y transformaciones de largo, mediano y corto plazo, que viene experimentando la sociedad colombiana. Esta perspectiva busca enmarcar la actual problemática dentro de una lectura que subraya la continuidad de los procesos sociales y políticos que nos han conducido a este momento, para poder apreciar mejor los elementos de ruptura que éste contiene.



HACIA UNA LECTURA POSITIVA DE LA CRISIS: LOS ENFOQUES DE DOBRY Y BALANDIER

En palabras de Michel Dobry, las crisis políticas no deben mirarse siempre como situaciones apocalípticas sino como 'coyunturas fluidas', estados particulares de las estructuras sociales, donde se producen reacomodos tácticos de los protagonistas que logran así reinsertarse estratégicamente en los cambios de situación.³ Siguiendo una analogía médica de Nietzsche, Dobry habla de las crisis políticas como 'estados mórbidos', momentos en los que se hacen visibles algunas características generales, casi imperceptibles en los momentos normales de salud. Son, dice el autor, 'los momentos de la verdad' de una sociedad, cuando los grupos sociales, las instituciones, las organizaciones, las generaciones y los individuos manifiestan sus rasgos más secretos y escondidos, sus debilidades, pero también, sus más insospechados recursos y habilidades más profundas.⁴

Para esta lectura de los momentos de verdad de la sociedad colombiana, he recurrido al antropólogo Georges Balandier, uno de los teóricos de la caología aplicada a las ciencias sociales⁵. En una línea semejante a la de Dobry, Balandier sostiene que la identificación de una crisis global tiene la función de revelar una naturaleza de lo social que el curso ordinario de las cosas manifiesta mucho menos. Así, frente a la prueba de la crisis, "la sociedad presente muestra y prueba las propiedades principales -y en su mayor parte ocultas- de toda sociedad". Insiste Balandier en que la sociedad se capta entonces tal como verdaderamente es, "como un orden aproximado y siempre amenazado", como producto, según grados variables, de las interacciones del orden y el desorden, del determinismo y de lo aleatorio. Entonces, la presentación centrada en el orden oculto, según este autor, la realidad de lo social como "*producción continua jamás alcanzada*": la sociedad se presenta como conjunto unificado por "el juego de las pantallas que enmascaran las rupturas y los desajustes". Por eso, concluye Balandier, lo que denominamos como 'sociedad' está lejos de corresponder "a un orden

global ya dado, ya hecho, sino a una construcción de apariencias y representaciones o a una anticipación alimentada por el imaginario. Lo social, puede decirse por fórmula, está incesantemente en la búsqueda de su unificación".⁶

Balandier insiste en la necesidad de leer en forma integrada el orden y el desorden, como dos caras de la misma moneda: el desorden puede servir de refuerzo al orden, como elemento neutralizante de sus aspectos negativos, o ser constitutivo de él bajo una forma nueva.⁷ Esta relación necesaria entre orden y desorden es oscurecida, según este autor, por algunos autores contemporáneos, que acentúan la mirada entrópica con una tendencia a la generalización de los desórdenes y al énfasis en lo incontrolable, caótico y decadente. Señala el autor que el tema es antiguo y recurrente, desde el anuncio de la decadencia limitada (Tocqueville o Cournot) hasta el de la decadencia ineluctable de Gobineau, Nietzsche y Spengler. Además, muestra la relación del tema de la decadencia y la corrupción de Europa con el ascenso del fascismo. Hoy, reaparece el tema de la decadencia, que permite culpar al adversario de la responsabilidad de todos los males recurriendo al tema mitológico de la Edad de oro perdida, generalmente asociado al recuerdo de un pasado idealizado.

Para Balandier, lo más importante de estos enfoques no es lo que expresan y provocan, sino lo que disimulan: "la nostalgia de una tradición protectora del orden, o la impotencia parcial para pensar y gobernar el movimiento". El autor señala luego, apoyándose en los estudios sobre la república de Weimar, cómo los estudios dedicados a los llamados períodos de transición desvirtúan estas simplificaciones al mostrar el doble

aspecto de estos momentos: por una parte, hay decadencia, pero, por otra, se produce "una eclosión simultánea de nuevas y poderosas posibilidades", que indican que esas sociedades no estaban necesariamente destinadas a la realización fatal.

Según Balandier, la interpretación por la crisis puede ser también una conveniencia o una coartada, pero ha contribuido a un cambio profundo de las representaciones de lo social. La crisis, afirma, no se percibe sólo a partir de la disfunción sino también como prueba que afecta la capacidad del sistema y de los actores para definirse y organizarse por medio del autoconocimiento. La conciencia de la crisis no la produce pero sí la refuerza: "las incertidumbres y complejidades nuevas resultantes llevan progresivamente a un mundo en que el orden se vuelve menos pensable en las formas inadecuadas que han sido heredadas".

Esto hace que se intensifique la conciencia del desorden, que hace ver las cosas bajo los aspectos de la dispersión, el azar y el descontrol. Por eso, sostiene este autor, "el desorden contemporáneo está en las cabezas y no sólo en las situaciones con las cuales cada uno se enfrenta". Pero esta mirada del desorden es positiva cuando la crisis se capta menos como "generadora y reveladora de una sociedad enferma" y más como "manifestación extrema del modo normal de existencia de la sociedad". Así, este enfoque revela la base inestable de la construcción continua de lo social: el orden social no es algo adquirido una vez para siempre, semejante al acabamiento de lo inerte. Para Balandier, en la medida en que progresa el movimiento de la modernidad, tanto en extensión como en duración, se va generalizando "el sentimiento de un orden deshecho, de formas en continua inestabilidad, que sin embar-

2 VI Coloquio colombiano de Sociología, organizado y realizado por la Universidad del Valle, en Cali, del 8 al 11 de mayo de 1996.

3 Michel Dobry, *Sociologie des crises politiques. La dynamique des mobilisations multisectorielles*, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, París, 1986. (Creo que existe traducción española), passim, pero especialmente las págs. 14-17.

4 Michel Dobry, o.c., pág. 287.

5 Georges Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento.*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994.

6 Georges Balandier, o.c., pág. 65. El subrayado es mío.

7 Georges Balandier, o.c., pág. 112.

go prevalecen. La crisis ya no toma el aspecto de un fenómeno coyuntural -lo que permitía prever su finalización- y la sociedad se encuentra calificada de "blanda, borrosa o fluida".⁸

Por eso, el libro de este importante autor termina recordando que la lección del saber actual es que "el orden interior no se forma ni se conserva al abrigo de barreras levantadas para preservarlo de los desórdenes venidos de afuera", ya que la administración del movimiento, y, consiguientemente, del desorden, "no puede reducirse a una acción defensiva, a una operación de restauración, a un juego de apariencias que sólo impondría efectos de orden en la superficie". El orden resultante de la administración del movimiento debe ser una conquista y creación constantes, orientada por nuevos valores y por el compartir una ética nueva. Por lo cual, concluye, hay que apoyarse más en la sociedad civil, que es portadora de vida y menos en el funcionamiento mecánico de los aparatos: hay que "hacer participar de manera continua la gran cantidad de actores sociales en las definiciones -que deben retomarse siempre de la sociedad...Dicho de otro modo, *hacer el elogio del movimiento*, disipar los temores que inspira y, sobre todo, *no consentir jamás que se aproveche el miedo confuso que produce*".⁹

Con una espíritu semejante, Estanislao Zuleta escribió su "Elogio de la dificultad",¹⁰ que se inicia criticando la manera como imaginamos la felicidad, como 'un océano de mermelada sagrada', "una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación", "el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales", "un idilio sin sombras y sin peligros". Y sigue luego invitándonos a desconfiar de los sueños totalitarios y maniqueos de los reinos milenarios de los partidos y las iglesias "provistos de una verdad y de una meta absolutas", que sataniza al adversario y lleva a la 'guerra santa', por la embriaguez de "la promesa de una comunidad humana, problemática, basada en una palabra infalible". Zuleta se muestra muy preocupado por conservar "la voluntad de luchar por una sociedad diferente sin caer en la interpretación paranoide de la lucha", basada en una interpretación apocalíptica de la historia.



UNA MIRADA ENTRÓPICA DE LA CRISIS COLOMBIANA

A partir de estas consideraciones previas de Dobyry, Balandier y Zuleta, podría decirse que la llamada 'crisis del sistema político colombiano' ha sido vista desde el enfoque entrópico, que mira los procesos como decadencia con respecto de un orden político y de unos valores que hay que restaurar, haciéndole el juego a tendencias autoritarias que aprovechan el miedo y la inseguridad que produce la confusa situación que vivimos. Pero, en una perspectiva más dinámica y de más largo plazo, también podría afirmarse que los actuales problemas estarían reflejando la combinación de una compleja serie de diversas transformaciones del Estado, de la llamada sociedad civil y del sistema bipartidista, que se mueven en diferentes ámbitos de duración: larga, corta e intermedia.

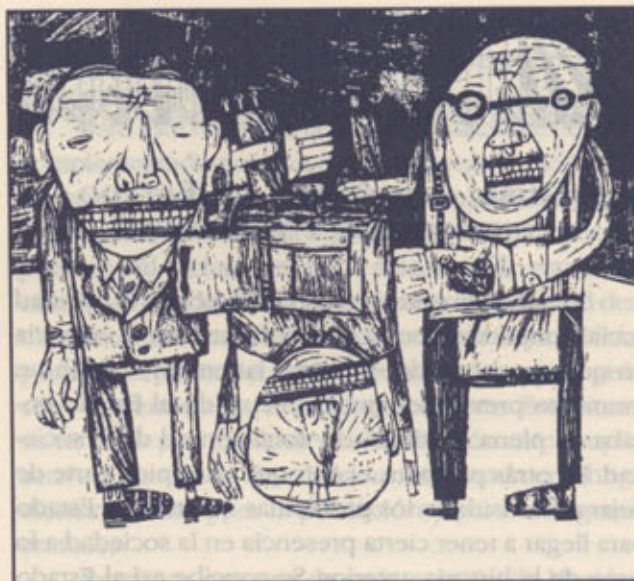
Así, se combinan un proceso de más o menos larga duración; la creciente inadecuación de los partidos tradicionales frente a una sociedad cada vez más masificada (desde los años treinta hasta hoy); los procesos de rápida urbanización de la sociedad y de transformaciones modernizantes (aunque parciales y desiguales) del Estado; la penetración del narcotráfico en las distintas dimensiones de la sociedad colombiana y la generalización de las violencias en la vida nacional.

Pero la mirada entrópica hace que estas diversas transformaciones sean leídas de manera agrupada e indiferenciada desde distintas perspectivas hasta producir la imagen de caos generalizado de la sociedad colombiana. Estos cambios, leídos desde la perspectiva de un orden social previamente existente, a veces un tanto idealizado y en ocasiones casi mitológico, producen en la mayoría de la población un sentimiento de inseguridad e incertidumbre colectivas ante las nuevas situaciones que se leen como amenaza al orden establecido. Esta angustia hace sentir una gran necesidad de fortalecer las identidades colectivas y sistemas pre-

vios de referencia y de valores, que se perciben todos ellos como amenazados por los cambios que se vienen produciendo en la sociedad colombiana.

Este sentimiento de inseguridad colectiva creado por el desborde de los imaginarios de referencia y de los marcos de pertenencia con los que la sociedad colombiana había entendido y organizado su cohesión social, profundiza la tendencia a sobrecargar al sistema político y a la actividad política como responsables de todos los males. La incapacidad de asimilar y dar sentido a los cambios de la sociedad nos hace buscar *chivos expiatorios*, responsables de la crisis general, ante la cual se reacciona con mecanismos persecutorios y paranoicos. Esta necesidad de chivos expiatorios tiene que ver generalmente, con una versión mitológica de la historia, que lee la historia como decadencia frente a una especie de edad de oro, o Arcadia feliz, "el país del nunca jamás" de Peter Pan, desapareció por la obra del complot o conspiración de algunos seres malvados y satánicos, con los cuales es imposible dialogar o negociar. Esa satanización del adversario, que es caracterizado como la suma de todos los males, permite evadir nuestras responsabilidades colectivas, delegadas a un salvador mesiánico, encargado de crear un mundo perfecto, a la manera de los milenaristas, que soñaban en el regreso a la 'Tierra sin mal'.¹¹

En ese esquema maniqueo y milenarista, lo diferente de nosotros es percibido como amenaza y se establece una división absoluta entre nosotros-los-buenos y los-otros-los-malos, constituyéndose un *adentro* (nosotros los defensores de los valores) y un *afuera* (los que amenazan el orden y los valores tradicionales). Esta polarización maniquea, potencialmente violenta, implica la negación de la política como tramitación de conflictos entre adversarios, enemigos relativos, y la



visión de ella como combate contra el mal y enfrentamiento entre enemigos absolutos.

En esta lectura desde el orden y en la generación de ese sentimiento de inseguridad influyen en gran medida en los medios masivos de comunicación con su lectura melodramática y un tanto maniquea de los acontecimientos. Igualmente, genera toda suerte de llamados a recuperar los valores perdidos, que tienden a ver los problemas desde la confrontación total entre el bien y el mal, sin matices intermedios. El problema más grave de este tipo de lecturas y sentimientos es su tendencia a generar apoyo a fórmulas autoritarias de orden social y político, al estilo Fujimori, y a descalificar la actividad política como mecanismo gradual para la generación colectiva de soluciones.

8 Georges Balandier, o.c., págs. 147-148. El subrayado es del autor.

9 Georges Balandier, o.c., pág. 237. El subrayado es mío.

10 Estanislao Zuleta, "El elogio de la dificultad", en Estanislao Zuleta, *Elogio de la dificultad y otros ensayos*, Ed. Fundación Estanislao Zuleta, Cali, 1994.

11 Fernán González, "Relaciones entre cultura y política. Aproximación a los modelos culturales implícitos en nuestra concepción de la política", en *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia. Regiones, ciudades y violencia*, Memorias del Foro nacional para, con, por, sobre, de, Cultura., Bogotá, COLCULTURA, 1990.



¿HUBO ALGUNA VEZ UN ESTADO CONSOLIDADO Y LEGÍTIMO ?

Esta lectura entrópica y mitológica de la realidad social como decadencia del orden implica la creencia en que en el pasado, próximo o remoto, existió un momento previo de equilibrio cuando el Estado gozaba de plena legitimidad y total control de la sociedad. En otras palabras, el enfoque entrópico parte de dejar de considerar los problemas que tuvo el Estado para llegar a tener cierta presencia en la sociedad a lo largo de la historia anterior. Se concibe así al Estado como *algo ya dado*, previamente existente y no como un orden socialmente construido a lo largo de la historia, con momentos de aparente equilibrio y momentos de evidentes desequilibrios.

Además, esta concepción ahistórica hace abstracción de las profundas diferencias que se dan en los procesos de construcción del Estado y supone que existe un solo modelo universalmente válido de construcción. También deja de lado la necesidad de la actividad política como constructora gradual de consensos e instituciones.

La importancia de diferenciar estos diversos procesos de construcción del Estado que plantean escenarios diversos para las organizaciones sociales, ha sido señalada por Charles Tilly en varias de sus obras¹², que introducen la dimensión de historia comparativa al enfoque más cuantitativo de la escuela de *Nation Building*. En esa perspectiva, Tilly parte de que el Estado occidental moderno se origina como resultado no buscado ni pensado de la guerra, ya que es la necesidad de reclutar y financiar un ejército permanente lo que conduce a la creación de un aparato fiscal y de una burocracia impersonal y a la necesidad de establecer una negociación permanente entre gobernantes y la correspondiente sociedad. Pero, de acuerdo con las condiciones de cada nación, se producen diferentes combinaciones entre aparato coercitivo y poder del capital, que terminan dando por resultado diferentes procesos de

formación de Estados nacionales. Entre esos procesos, los modelos más exitosos son los que combinan mejor la coerción con el capital, como Francia, Inglaterra y Prusia, que logran consolidar su hegemonía sobre sus respectivas sociedades.

En el prólogo a la edición española de uno de sus libros¹³, Tilly señala que españoles y latinoamericanos saben por experiencia que no existe una vía única que conduzca hacia la formación del Estado y que el éxito político de esta construcción no estriba en la simple imitación de las instituciones británicas, francesas o norteamericanas. Así, opina este autor, la historia política de España y de sus herederas, las naciones iberoamericanas, no constituye una excepción al modelo clásico de formación estatal sino sólo una variable particular de las múltiples combinaciones posibles entre coerción y capital. Es más, la situación española (heredada por Iberoamérica), donde se combinan una estructura relativamente centralizada con serios obstáculos para la acción unitaria del Estado, no es una patología sino la consecuencia previsible del tipo de negociación que se establece entre soberanos y notables en el proceso de creación de una estructura centralizada de poder: las propias negociaciones que procuraban a los soberanos los medios para la guerra fortalecían el poder de los que proporcionaban esos medios, que podían entonces obstaculizar mejor los intentos centralizantes de los primeros. Por eso, concluye Tilly, la experiencia española e iberoamericana es muy comprensible *'en sus propios términos'*, pero no en los de las generalizaciones que los analistas políticos extraían de las historias de Francia, Inglaterra y Prusia.

Para aproximarnos a caracterizar la actual crisis colombiana, es indispensable acercarnos a la inteligencia del proceso político en *nuestros propios términos*: para ello, hay que distinguir las diversas maneras como los Estados se relacionan con sus respectivas sociedades. Así, hay que señalar que los Estados que Tilly considera 'consolidados' ejercen un *dominio directo* sobre sus sociedades: han pasado del mandato indirecto que supone una permanente negociación con poderes ya existentes de intermediarios bastante autónomos (como notables locales, terratenientes, clérigos, comerciantes,

ayuntamientos y cabildos de notables) al mandato directo de funcionarios gobernantes, que van penetrando los territorios, las comunidades y hasta los propios hogares por medio de organismos relativamente institucionalizados, como un sistema de impuestos y de reclutamiento militar, un aparato de justicia más impersonal o un sistema de educación pública que busca imponer o fomentar una sola versión, la oficial, de la cultura nacional.

Este control de los territorios y de las sociedades se basa en una delimitación de recursos humanos y materiales (censos de población y recursos, sistemas de catastro y de aduanas, moneda, etc.), cuyo movimiento se controla dentro de un territorio delimitado por fronteras que han venido siendo configuradas por geógrafos, diplomáticos y militares. En esta penetración del territorio y de la sociedad, el Estado se separa de la sociedad civil para imponer sus exigencias como prioritarias dentro de un territorio homogenizado gracias a la imposición de sistemas unitarios en lo fiscal, lo legislativo, lo militar, lo judicial y lo cultural.

Esta dimensión cultural tiene gran importancia porque es el sentido de pertenencia a ese territorio delimitado y a esa comunidad encerrada en esos límites lo que va a llevar al patriotismo y al nacionalismo como 'pasión inútil', en términos de Kitching¹⁴, que lleva a los individuos a dar su vida por esa 'Comunidad Imaginada' que considera *su propia nación*.¹⁵ Esa percepción de compartir un pasado (real o ficticio) y un futuro (comunidad de destino), y de coexistir simultáneamente en el mismo espacio y tiempo, sentidos como compartidos, en la que desempeña un papel impor-

tanté la educación oficial, formal o informal, produce *la identidad nacional* como forma de cohesión de las sociedades complejas.¹⁶

Pero este recurso a la identidad nacional debe ser complementado por una constante negociación política entre el Estado y sus súbditos, que permita vencer la resistencia normal de los pobladores al pago de impuestos y al reclutamiento de soldados. En esta negociación, el Estado debe ofrecer justicia y seguridad dentro de normas que ofrezcan garantías de imparcialidad y limiten el poder del Estado, de acuerdo a una legislación impersonal, previamente existente. Este proceso termina por producir una definición más amplia, activa e igualitaria de *ciudadanía*, basada en obligaciones mutuas para la población y para los agentes estatales.

Pero este proceso de construcción de Nación y ciudadanía está acompañado por un proceso que toca *la subjetividad* de los ciudadanos, como ha sido señalado por Norbert Elias en su historia sociológica del proceso civilizatorio de Occidente.¹⁷ Según Elias, este desarrollo histórico se refleja en el pensamiento occidental por el paso de las gentes de un marco de referencia marcado por las solidaridades primarias y concretas de la *sociedad cara a cara* a otro marco caracterizado por las solidaridades secundarias e impersonales de la pertenencia a una *comunidad abstracta*, la nación compuesta por ciudadanos, que supone una separación entre lo público y lo privado y la configuración de *un espacio público de resolución de conflictos*.

Además, Elias señala que la autoconciencia del individuo moderno es característica de épocas cuan-

12 Charles Tilly, "Cambio social y Revolución en Europa, 1492-1990", en *Historia Social*, # 15, 1993. Para una visión más amplia del pensamiento de Tilly, pueden consultarse también *Coerción, Capital y Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza editorial, 1992, y *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza editorial, 1991.

13 Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza editorial, 1992, págs 15-17.

14 Gavin Kitching, "Nationalism : the instrumental passion", en *Capital and Class*, # 25, 1985.

15 El concepto de comunidad imaginada ha sido elaborado por Benedict Anderson en *Imagined Communities. Reflections on the origin and spread of Nationalism*, Londres, Ed. Verso, 1983.

16 Ernest Gellner, "El nacionalismo y las dos formas de cohesión en sociedades complejas", en *Cultura, Identidad y Política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1989. Para un desarrollo más amplio del concepto, cfr., del mismo Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, Madrid, Ed. Alianza, 1988, especialmente los tres primeros capítulos.

17 Norbert Elias, *La Sociedad de los individuos*, Barcelona, ed. Península, 1990, y *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económico, 1987.

do las funciones de protección y control de los individuos, ejercidas antes por grupos endógenos (clanes familiares, tribus, comunidades rurales de vecinos, latifundios o gremios) pasan a ser ejecutadas por agrupaciones estatales, de carácter urbano y centralizado. La diferenciación del individuo frente a sus grupos inmediatos de control (familia, clan, vecindario, grupo étnico), que son de alguna manera *sus semejantes e iguales*, afecta su seguridad básica cuando se mueve en una *sociedad de heterogéneos y distintos*, y se encuentra con *el otro, el extraño*, al que tiende a ver como enemigo potencial. En ese entorno más hostil, los individuos dependen cada vez más de sí mismos pues se va relajando la cohesión social interna de los grupos primarios y aumenta la movilidad de los individuos tanto en lo espacial como en lo social. El proceso civilizatorio se produce, según Elias, como aspecto subjetivo de este proceso de diferenciación e integración, donde los individuos van interiorizando su control sobre las condiciones necesarias para su supervivencia y organización interna. En este proceso, van surgiendo modelos de autorregulación y control, por ejemplo, el uso generalizado del reloj, que permite sincronizar y coordinar actividades en un tiempo y espacio comunes.

Pero todos estos procesos, que acompañan al surgimiento del Estado moderno, no se producen automáticamente sino que deben ser construidos socialmente por el esfuerzo de gobernantes y sociedades, según las condiciones propias de su desarrollo. Por ello, el desarrollo anterior nos permite contrastar lo que pasa en sociedades y territorios donde la presencia de los funcionarios e instituciones estatales es de carácter más precario, donde existen 'territorios vacíos' donde su control es escaso y su burocracia apenas si está presente y territorios donde su poder cohabita con micropoderes locales que gozan de algún grado de autonomía¹⁸. Desde los tiempos coloniales hasta el día de hoy, el Estado debe estar negociando con los notables locales, expresados en los cabildos coloniales o los gamonalatos actuales. No se da entonces un dominio directo del Estado sobre la sociedad sino que el Estado funciona por medio de la estructura jerárquica de la propia sociedad, ni se produce nunca una ruptura total entre Estado y Sociedad.

En buena medida, el Estado republicano hereda la situación colonial: el desafío de los próceres era construir una nación inexistente sobre las bases de unos límites administrativos heredados de la Colonia, que



encerraban una población socialmente heterogénea y articulaban mal a unas localidades y regiones muy aisladas entre sí, con grandes distancias y problemas serios de comunicación, poco relacionadas con una distante capital. Tampoco se producían vínculos internos entre esas poblaciones, dada la inexistencia de un mercado de carácter nacional y de una identidad verdaderamente nacional que compensara y articulara las diferencias étnicas, locales y regionales.¹⁹

En buena parte, esta situación explica parcialmente el papel que el bipartidismo ha desempeñado a lo largo de la historia colombiana, lo mismo que para explorar las raíces de su reciente crisis: el éxito del bipartidismo durante el siglo XIX y la primera mitad del XX se debió a que era la mejor respuesta a la falta de presencia directa del Estado en la sociedad colombiana como a la fragmentación de las elites regionales, señalada por Marco Palacios.²⁰ Así, el bipartidismo establecía un puente entre identidades y los poderes, tanto regionales como locales, y la comunidad abstracta de la nación, e iba ligando formas modernas con formas tradicionales de adscripción política. Obviamente, esta articulación entre ámbitos de poder y formas de adscripción política estuvo lejos de ser pacífica al estar cruzada por toda suerte de conflictos y tensiones, como lo evidencian las innumerables guerras civiles, tanto de orden nacional como regional.²¹

Con un problema adicional: desde las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII, pasando por las reformas liberales de mediados del siglo XIX y de los años treinta de este siglo, hasta las reformas del Frente Nacional y las más recientes de la Constitución de 1991, el Estado colombiano ha intentado modernizarse y modernizar a su respectiva sociedad. Siguiendo el desarrollo anterior, estos proyectos de modernización pueden caracterizarse como intentos de pasar, rápida y radicalmente, del dominio indirecto al dominio directo de la sociedad, ya que son los llamados Estados consolidados los que se toman como modelos de la modernización.²² Estos intentos fueron mucho menos exitosos de lo que pretendían los reformadores pero no puede negarse que produjeron algunos efectos profundos en la vida política de nuestras naciones, que en algún sentido fue oscilando entre la modernidad y la tradición.²³

Por otra parte, esta mezcla de sociabilidades políticas tradicionales y modernas ha conducido a autores como Francisco Javier Guerra²⁴ y Fernando Escalante²⁵ a reflexionar sobre lo que sucede en México e Hispanoamérica cuando se superponen formas e instituciones políticas fruto de las experiencias de países con dominio directo del Estado a sociedades caracterizados por el dominio indirecto. De la contradicción entre los actores colectivos de la sociedades tradicionales, inmersas en solidaridades primarias, y las formas modernas de política, que se

18 Fernán González, "Espacios vacíos y control social a finales de la Colonia", en *Análisis. Conflicto social y Violencia en Colombia*, # 4, Documentos Ocasionales # 60, Bogotá, CINEP, 1990.

19 Fernán González, "Claves de aproximación a la historia política", mecanografiado (inédito).

20 Marco Palacios, "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia. Una perspectiva histórica", en *Estado y clases sociales en Colombia*, Bogotá, Procultura, 1986.

21 Fernán González, "Aproximación a la configuración política de Colombia", en *Para leer la Política*, Tomo I, Bogotá, CINEP, 1997.

22 La importancia del contraste entre una Francia moderna y una España e Iberoamérica atrasadas, ha sido señalada por Francisco Javier Guerra en *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económico y Fundación MAPFRE, 1992.

23 Cfr Fernán González, "Tradición y modernidad en la política colombiana", en *Violencia en la Región andina. El caso Colombia*, Bogotá, CINEP, y Lima, APEP, 1993.

24 Francisco Xavier Guerra, "Lugares, formas y ritmos de la política moderna", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, tomo LXXXII, # 285, Caracas, 1982, y "Teoría y método en el análisis de la Revolución mexicana", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, # 2, 1989, donde hace una reflexión metodológica sobre su obra principal, en dos tomos, *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económico, 1988.

25 *Ciudadanos Imaginarios*, México, El Colegio de México, 1993.

suponen basadas en la ciudadanía de los individuos deduce Guerra la *necesidad política del gamonalismo o cacicazgo electoral*, como intermediario necesario entre sociedad tradicional y estado moderno. Además, señala Guerra el carácter esencialmente 'ilegal, oculto, vergonzante' del poder gamonalicio, que no puede ser institucionalizado en el mundo de la política moderna.

Por su parte, Escalante subraya que no hay tanta incompatibilidad entre formas ciudadanas y clientelistas de actividad política²⁶ y señala que el problema reside, para el caso mexicano, en que existe una profunda contradicción entre el proyecto explícito de las clases dominantes (creación de ciudadanía y nación modernas) y su proyecto implícito, que obedecía a la necesidad de mantener su control clientelista sobre las masas populares, que eran la base social de su poder. En el caso colombiano, la situación es semejante e incluso peor, porque las elites liberales se vieron obligadas a recurrir a ciertas formas de movilización y organización de la población más autónoma frente a los controles tradicionales de la Iglesia, la hacienda y los poderes locales, para contrarrestar el peso social de la Iglesia sobre la población más integrada y controlada, que operaba en apoyo del Partido Conservador. Esta situación obligaba a los liberales a combinar formas modernas de sociabilidad y organización políticas con formas tradicionales, basadas en la estructura de la hacienda²⁷. Pero el desbordamiento de la movilización popular llevaría al golpe de Estado del general Melo, que tendría como resultado la renuncia del Partido Liberal a cualquier intento de movilización popular de carácter autónomo.²⁸

Pero, en todo caso, las aclaraciones de Guerra y Escalante sobre la necesidad de cierta función de intermediación política por parte de los gamonales regionales y locales obliga a una lectura más compleja de lo que se denomina *clientelismo*. Para el caso español, Julián Pitt-Rivers ha señalado en un estudio clásico²⁹, la importante función de descentralización y adaptación a las condiciones locales que cumplió el gamonalismo local frente a las reformas centralizantes del régimen de Franco. En cambio, la crítica moralista al clientelismo lo presenta exclusivamente como una corruptela de un régimen de-

mocrático previamente constituido haciendo abstracción de su función de sistema primitivo y deformado, bastante excluyente, de bienestar y seguridad social, donde gamonales y caciques actúan como intermediarios entre el Estado y los miembros de sus respectivas clientelas que acceden así a los bienes y servicios del Estado y ofrecen a cambio legitimación electoral a estos jefes locales y al propio Estado nacional³⁰. Además, este tipo de críticas tampoco considera la relación entre estas lealtades personalizadas, de carácter adscriptivo, y la afirmación de las identidades locales y regionales, que confluyen en la pertenencia a los dos partidos tradicionales.³¹

La falta de esta visión más compleja del significado y función del clientelismo en nuestra historia política y el uso de la crítica al clientelismo para deslegitimar cualquier intento de compromiso o negociación política ha ido llevando a la negación de la política como búsqueda de consensos para la construcción de un orden colectivo. Este rechazo generalizado a la política tiene el inconveniente de bloquear el camino de una posible solución, que necesariamente pasa por la recuperación de la política.



HACIA LA RECUPERACIÓN DE LA POLÍTICA

Además de su prescindencia del desarrollo histórico y de su visión polarizante, basadas en cierta nostalgia del "orden perdido", las propuestas de reformas y los cuestionamientos de ciertos sectores sobre la política tradicional suelen pasar por alto la distancia entre la crítica a una situación con la implementación de políticas encaminadas a la solución de los problemas criticados. En ese sentido, se puede recuperar un aporte de Norbert Lechner sobre la relación entre una teoría crítica de la política y la estrategia para implementar los cambios necesarios que implicaría una nueva concepción de la política. Lechner insiste repetidamente que es imposible deducir una determinada

estrategia política a partir de una teoría crítica, pues no hay una verdad religiosa-doctrinaria ni ningún criterio de objetividad científica que permita determinar el futuro.

Por eso, el futuro permanece siempre *abierto*, en construcción, a partir de la diversidad de intereses, opiniones y deseos. Por ello, concluye que la participación colectiva en las decisiones políticas es imprescindible y no puede ser reemplazada ni suplantada por teoría alguna: la estrategia es el resultado de una deliberación y decisión colectivas, a las cuales la teoría aporta argumentos para convencer al contrario. Por eso, Lechner se opone a todo intento de predeterminar objetivamente el futuro de la sociedad y critica, tanto la invocación de una verdad absoluta que justifique la guerra santa contra los herejes y disidentes, como el llamado a un imperativo tecnocrático que elimine la deliberación pública de los problemas³²

Lo que significa un llamado a la recuperación de la *política*, que no se reduce a una estrategia planeada pragmáticamente sino que mantiene siempre un componente utópico, la idea del 'Buen Orden', porque, en palabras de Lechner, "solamente en relación a esa imagen de sociedad perfecta *pero imposible*, podemos descubrir la sociedad posible". Aboga este autor por la necesidad de secularizar la política, pues la política no tiene como tarea la redención de la humanidad: si se pretende realizar una verdad absoluta, la política se vuelve sacrificio, entrega total a una causa, cruzada contra el mal, un acto heroico para salvar a la humanidad, "un mesianismo que conduce al martirio". Así, el autor termina pidiendo que no exijamos a la política

metas imposibles y busquemos una política laica y racional, que distinga entre la utopía como horizonte trascendental y la política como el ámbito de lo posible, para poder diseñar "un proyecto realista de la sociedad deseada", a la luz de ese horizonte utópico. Así, la política puede ser una actividad de todos, una actividad ciudadana, de gente común y corriente, que no necesita de acciones sobrehumanas de héroes y santos.³³

Esta necesidad de secularizar la sociedad como condición de posibilidad de la política tiene que ver con la imagen que nos hacemos de la política: en otro artículo, Lechner aplica al caso latinoamericano una alusión de Bernard Manin a la política francesa, que refleja agudamente el caso de Colombia. Manin constata, para el caso de Francia, una continua oscilación entre dos extremos: el consenso total o el enfrentamiento total. Para Manin, se trata de una representación monista de la política, que tiene un origen religioso, caracterizado por dos rasgos: creer que un problema determinado tiene una sola y única solución, lo que implica que, si no se reconoce esta solución, el conflicto se transforma en un combate entre el bien y el mal. Y se visualiza el conflicto de esa manera, no se puede consolidar un orden democrático. Para Manin y Lechner, esta concepción implica una aversión al conflicto, una ansiedad por el consenso, o, en su defecto, la tendencia a demonizar al adversario. Esta oscilación ante estas dos caras de la misma moneda significa la dificultad de asumir el conflicto que pueden provocar las diferencias, que produce una imagen falsa de la democracia, como la unidad armoniosa de todos, la aspi-

26 Fernando Escalante, "Clientelismo y ciudadanía en México", en *Análisis Político*, # 26, IEPRI, U. Nacional, diciembre de 1995.

27 Para las sociabilidades políticas basadas en la hacienda, cfr. Fernando Guillén Martínez, *El poder político en Colombia*, Bogotá, Ed. Planeta Colombiana, 1996.

28 Cfr. Fernán González, "Aproximación a la configuración política...", antes citada.

29 Julián Pitt-Rivers, *The people of the Sierra*, publicado en español por Alianza editorial bajo el título de *Grazalema. El pueblo de la Sierra*.

30 Fernán González, "Clientelismo y Administración pública", en *Para leer la Política*, tomo I, Bogotá, CINEP, 1997.

31 Fernán González, "Relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia católica, 1820-1886", en *Para leer la Política*, tomo II, Bogotá, CINEP, 1997.

32 Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1986, págs 2-15.

33 Norbert Lechner, o.c., especialmente las págs. 6 y 15.

ración a una comunidad plena que responda a las necesidades de seguridad e integración.³⁴



HACIA UNA MIRADA DE LARGO PLAZO SOBRE LA CRISIS

Por todo lo anterior, la recuperación de la Política debe comenzar por la renuncia a esta idea de comunidad armoniosa, sin conflictos, en un equilibrio pleno y logrado de una vez para siempre, ideal que criticaba tanto Estanislao Zuleta. Y por un acercamiento más realista a la política como acotamiento de conflictos en un proceso continuo de construcción de equilibrios siempre inestables y perpetuamente amenazados por el desorden y el movimiento de la sociedad. Las dos cosas suponen necesariamente una mirada más crítica y realista hacia la historia política anterior, que permita comprender por qué se han venido agotando los modelos políticos de tipo decimonónico que expresaban antes la vida política del país.

Según mi opinión, el debilitamiento de los sistemas políticos y sociales de referencia, evidenciados por la llamada crisis del bipartidismo y los avances tanto de una mentalidad secularizante en las clases medias y altas como de otras agrupaciones religiosas distintas de la Iglesia católica, obedecen a la combinación de factores de diversa índole. En esa línea, se pueden mencionar, entre otras tendencias, la acelerada urbanización, el aumento de la cobertura educativa, el ascenso de las clases medias, el cambio del papel social de la mujer, la mejoría de las comunicaciones, el impacto de los medios masivos de comunicación y la apertura del país a las corrientes mundiales del pensamiento.

No todas estas transformaciones son necesariamente negativas: así, los partidos tradicionales se han ido transformando por una serie de cambios internos y externos, como la elección popular de gobernadores y alcaldes, que han modificado el carácter vertical de las maquinarias electorales y han permitido que las admi-

nistraciones locales y regionales no se hayan visto muy afectadas por la crisis del ejecutivo central y de los congresistas involucrados en el proceso 8000. Por otra parte, el mismo proceso 8000 no habría sido posible sin la creación del sistema acusatorio y el correspondiente fortalecimiento de la figura del fiscal general de la nación

Por otra parte, el mismo cuestionamiento de las prácticas clientelistas por parte de sectores medios y altos, que aparece reflejado en algunas de las reformas de la constitución de 1991 (régimen de incompatibilidades, prohibición de auxilios parlamentarios, circunscripción nacional para el Senado, revocatoria del mandato de los congresistas de entonces) indica cambios profundos, tanto en la sociedad, como dentro de los propios partidos. Hernando Valencia Villa ha señalado que el cambio más simbólico introducido por la nueva constitución, calificado como "victoria del país nacional sobre el país político", es la reestructuración del Congreso en lo que respecta al origen de las cámaras y al régimen disciplinario de senadores y representantes.³⁵

Por una parte, el mismo ascenso de las capas medias, sobre todo las urbanas, con acceso a la educación media y profesional, cierta independencia económica y una cultura urbana cada vez más internacional, significa el comienzo del fin de las adscripciones políticas hereditarias, ligadas al acceso clientelista a los servicios públicos y a la participación en el botín burocrático.



¿QUÉ TAN TRADICIONAL ES LA CLASE POLÍTICA ?

Pero, por otra parte, este ascenso de las capas medias afecta al mismo sistema clientelista y modifica el comportamiento de la llamada clase política tradicional, que a veces ni siquiera es tan tradicional y que dista mucho de ser homogénea, ha experimentado

Incluso, ocurre lo mismo con los tenientes locales frente a los grandes barones regionales de la política: es muy difícil asegurarse la lealtad de los tenientes cuando acceden a cargos públicos en representación de los jefes regionales, ya que cada teniente local aspira normalmente a desplazar a su jefe. Por el contrario, no es difícil cuando logra acceso y comunicación directos a la burocracia del Estado central.



EL IMPACTO DE LAS REFORMAS DE 1991

Estas tendencias, relativamente democratizantes pero siempre dentro de las jerarquías internas de los partidos, que conducen hacia la *rebelión de los tenientes*, se ven reforzadas por cambios constitucionales progresistas como la elección popular de alcaldes y gobernadores y la mayor descentralización fiscal. Todas estas transformaciones producen como resultado cierta mayor democratización interna de las maquinarias, que ya no se construyen necesariamente de arriba hacia abajo (presidente-ministro del interior-gobernadores-alcaldes-empleados públicos). A la vez, muestran una gran fragmentación interna de los partidos, que empiezan a perder su capacidad de cohesión interna de

las clientelas y, por lo consiguiente, ven debilitarse su capacidad de articulación de las regiones con el conjunto de la nación y de los aparatos del Estado central.

La mención a esta fragmentación aparece ya en los primeros cuestionamientos a la nueva constitución, una vez se conocieron los resultados de las elecciones de octubre de 1991: por ejemplo, el ex-constituyente Carlos Lleras de la Fuente se quejaba de la circunscripción nacional, reconociendo que era un sistema bueno en teoría, pero que había "facilitado la destrucción de la organización de los partidos y la operación avispa, que ha abierto la puerta a la circunscripción uninominal".³⁷

Estas quejas parecen dar razón a cierto escepticismo o pesimismo con que el país empieza a mirar los resultados de algunos de los cambios que la Constitución de 1991 introdujo al Congreso, sobre todo por el hecho de que la nueva carta no intentó siquiera reformar parcialmente el funcionamiento interno de los partidos. Así, el predominio de los sectores más tradicionales de los partidos en el Congreso terminó por opacar la presencia de las pocas fuerzas nuevas que accedieron a él. Además, algunas características inherentes al sistema de partidos en Colombia, como su fraccionamiento interno, su falta de disciplina interna y su debilidad ideológica, siguen debilitando el Congreso e impidiendo un real equilibrio de poderes entre el legislativo y el ejecutivo.³⁸



Esto significa que, en buena parte, la Constitución de 1991 quiso suprimir los vicios más notorios de la vida política, mediante cambios en la normatividad del Congreso, pero sin hacer un verdadero diagnóstico de su funcionamiento concreto y de sus condicionamientos sociales y culturales. En general, los cuestionamientos partían de una idea abstracta de lo que debería ser un Congreso moderno, pero sin tener en cuenta las bases sociales y culturales que debían hacer posible su realización. Y apuntaban al debilitamiento del estilo tradicional de trabajo de los partidos, pero sin estimular el surgimiento de formas más modernas de organización política.



CAMBIOS ESTRUCTURALES QUE AFECTAN A LOS PARTIDOS

Además de estos cambios internos en la estructura de los partidos, se producen otra serie de transformaciones estructurales que terminan modificando la función de mediación política que los partidos desempeñaban entre el Estado y la Sociedad civil, tanto en el ámbito nacional como en el regional y el local. En el pasado, los partidos articulaban las identidades y exclusiones de carácter local (rivalidades y pertenencias de

carácter primario, basadas en solidaridades y rupturas de la sociabilidad cara a cara) con identidades y exclusiones de carácter más general y abstracto, con la nación como *Comunidad Imaginada*³⁹.

Por eso, los partidos compensaban bastante bien la debilidad del Estado nacional al hacer posible su dominio indirecto sobre la sociedad por medio de la articulación de los grupos locales y regionales de poder. Así, la visión de la política local como confrontación amigo-enemigo se veía reforzada por la articulación de estas confrontaciones a una lucha entre dos federaciones de carácter nacional, cohesionadas en torno a la lucha entre dos proyectos de unidad nacional, que convertía la enemistad en una exclusión y contradicción de carácter absoluto.⁴⁰ Esta articulación de confrontaciones locales con enemistades nacionales hace que Daniel Pecaute caracterice a los partidos políticos colombianos como dos subculturas políticas mutuamente contradictorias y excluyentes, pero complementarias entre sí.⁴¹

Esta mirada sobre los partidos tradicionales como *comunidades imaginarias de sentido y pertenencia* debe complementarse con una mirada más organizacional, como confederaciones laxas de oligarquías locales y regionales junto con sus respectivas clientelas⁴², que respondan tanto a la fragmentación de las elites regionales como a la necesidad de que los aparatos del Estado central ejercieran algún tipo de presencia en las regiones.⁴³

La combinación entre pertenencia cultural y relación clientelista con la estructura social de poder

37 Carlos Lleras de la Fuente, "Memorias de un constituyente: el diseño de un nuevo Congreso", *El Tiempo*, junio 14 de 1992, citado por Elizabeth Ungar, "La reforma al Congreso: ¿realidad o utopía?", en John Dugas, o.c.

38 Elizabeth Ungar, "La reforma al Congreso: ¿realidad o utopía?", en John Dugas, *La Constitución de 1991: un pacto político viable*, Bogotá, Uniandes, 1994.

39 Cfr. Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the origin and spread of Nationalism*, Ed. Verso, Londres, 1995 (Versión española en el Fondo de cultura económica).

40 Para el concepto de política como confrontación amigo/enemigo, cfr. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza editorial, 1987, y *Teoría del Partisano. Acotación al concepto de lo político*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.

41 Daniel Pecaute, *Orden y Violencia: Colombia. 1930-1954*, Ed. Siglo XXI y CEREC, Bogotá, 1987 y *Crónicas de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*, Ed. Siglo XXI, 1988.

42 Fernán González, "Aproximación a la configuración política de Colombia", en *Un país en construcción*, vol II, Controversia # 153-154, CINEP, Bogotá, 1989.

43 Marco Palacios, "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia. Una perspectiva histórica", en Palacios, *Estado y Clases sociales en Colombia*, Procultura, Bogotá, 1986.

local permite que los partidos puedan funcionar como maquinarias electorales esporádicas, con una mínima estructura permanente, que habría implicado mayor esfuerzo organizativo y financiero. Por eso, el debilitamiento del sentimiento de pertenencia al bipartidismo y a la ruptura de los lazos tradicionales de clientela, más propios de una sociedad rural y patriarcal, terminan haciendo más difícil y más cara la actividad política.⁴⁴ Además, la renuencia de la rama legislativa para aprobar los últimos censos de población conduce a una sobrerrepresentación de los sectores tradicionales en los cuerpos legislativos, al no considerar la creciente urbanización y metropolización de la población colombiana.

En el fondo, estos problemas estructurales de la vida política colombiana provienen de la inexistencia de partidos políticos como organizaciones permanentes, adecuadas y financiadas de una forma transparente, con una membresía carnetizada, aparatos programáticos y centros de estudios que vayan analizando los problemas coyunturales y estructurales del país para diseñar respuestas adecuadas. Hasta ahora, los partidos han sido muy poco orgánicos, con directorios casi fantasmas, que no operan ni siquiera como juntas de parlamentarios cohesionados en torno a programas o líderes. Estos "directorios de papel" se han limitado a otorgar innumerables avales a los candidatos para funcionar bajo la personería jurídica de los partidos, en las llamadas operaciones 'avispa', que sólo sirven para mostrar aparentes triunfos globales en las elecciones sin que puedan obligar a los candidatos 'avalados' a una acción coordinada en los cuerpos legislativos.

Por otra parte, este estilo un tanto decimonónico de partidos hacía muy difícil la separación entre los ámbitos público y privado, lo mismo que el establecimiento de un *dominio directo* del Estado sobre la sociedad⁴⁵, que se ejerce por medio de una administración pública separada de los intereses particulares, de una justicia impersonal e igualitaria, y de un monopolio de la violencia legítima. En otros términos, la configuración de un espacio público de tramitación de los conflictos de la sociedad, cuya carencia es la otra cara de la proclividad colombiana a la solución privada y violenta de los

conflictos,⁴⁶ y de la facilidad con que poderes privados de nuevo cuño (como narcotraficantes, guerrilleros y paramilitares de varios estilos) pueden insertarse en el juego formal e informal de poderes regionales.

Para autores como Francisco Thoumi, la ventaja comparativa que reviste Colombia para el narcotráfico no reside solamente en su posición geográfica sino que tiene que ver principalmente con la fragmentación del poder, la debilidad del control de los aparatos del Estado sobre vastas zonas del territorio colombiano y la consiguiente deslegitimación del régimen político que se deriva de esta situación.⁴⁷



ENTRE MODERNIDAD Y TRADICIÓN

No toda la sociedad ni el Estado, ni siquiera los partidos en su totalidad, representan la fragmentación y la resistencia de la política tradicional frente a las tendencias modernizantes, sino que van combinando, de manera gradual y según las circunstancias el comportamiento político tradicional con algunos rasgos modernizantes, quedando a medio camino entre lo privado y lo público⁴⁸. Así, Ana María Bejarano⁴⁹ ha señalado que, desde las primeras décadas de este siglo, los gobiernos respectivos han procurado ir desligando el manejo de la política económica general de las presiones y tensiones del juego político bipartidista, lo que ha permitido un manejo relativamente moderno y estable de la economía, con un mínimo intervencionismo del Estado en ella. Esto se suma al hecho de que en la historia colombiana nunca una movilización populista desde el Estado, ni una ampliación grande de la burocracia estatal, pueden ser factores explicatorios de la relativa estabilidad económica del país casi de medio siglo. Este manejo tecnocratizante y ortodoxo de la economía tuvo su correlato en la configuración de gremios empresariales, como la Federación de cafeteros y la ANDI, que conforman sus cuadros directivos haciendo caso omiso de la adscripción partidista y trabajan

haciendo *lobby* de manera directa frente a los organismos del Estado, sin pasar por la intermediación de los partidos, ni aceptar ninguna suerte de dirigismo estatal de la economía.



EL PROBLEMA DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA DE LO SOCIAL

Además de esta separación entre política y economía, el problema de la representación política de lo social empeora porque se ve acompañada por una distancia cada vez mayor entre los partidos y la movilización popular, que refuerza todavía más la tendencia al autorreferenciamiento de la política. Desde los años veinte habían empezado a aparecer movimientos sociales, tanto campesinos como obreros, que se resistían a seguirse expresando por medio de los partidos tradicionales.⁴⁹ Pero las reformas modernizantes de la República liberal lograron revertir esa tendencia al intentar la incorporación de las masas populares a la política, mediante la ampliación del voto y el apoyo al movimiento sindical⁵¹. Las reacciones contra estas reformas produjeron un ambiente político muy polarizado, que preparó el camino a las Violencias de

los años cincuenta, donde se mezclaban problemas políticos de carácter nacional con otros regionales y locales, junto con problemas campesinos de vieja data.

La solución a dichos problemas fue el gobierno compartido del Frente Nacional, que institucionalizó la sujeción del Estado a la lógica de los partidos, siempre a medio camino entre lo público y lo privado y que se expresa en su concepción de la administración pública como botín burocrático y en su instrumentalización clientelista del acceso a los servicios del Estado. Esto dificulta de entrada la modernización de los aparatos del Estado, cuyo manejo sigue siendo de carácter privado y patrimonialista. Además, los intentos modernizantes son parciales y sectoriales, pues se centran generalmente en el ejecutivo, rodeado de asesores de carácter tecnocratizante, mientras que la clase política tradicional se suele concentrar en el Legislativo. Esto acarrea problemas de gobernabilidad y entorpece la tramitación de proyectos reformistas en el Congreso.

Así, este manejo tecnocratizante y moderno de algunos sectores del Estado introdujo, sobre todo a partir de la reforma constitucional de 1968, una división entre una rama ejecutiva más o menos reformista y modernizante y una rama legislativa donde predominaban los sectores más tradicionales de la llamada clase política, generalmente opuestos a los intentos modernizantes del ejecutivo pero que servían también de elementos de equilibrio a un enfoque excesivamente

44 Fernán González, "Ciudadanía e identidad bipartidista: el caso colombiano" (Ponencia inédita en las Jornadas Iberoamericanas sobre Ciudadanía, Cartagena, 1996).

45 Sobre los conceptos de dominio directo e indirecto del Estado, ver los trabajos de Charles Tilly, especialmente *Coerción, capital y Estados europeos. A.D. 900-1990*, Alianza editorial, Madrid, 1992 y "Cambio social y revolución en Europa: 1492-1992", en *Historia Social*, # 15, 1993.

46 Fernán González, "Espacio público y violencias privadas", en Myriam Jimeno (compiladora), *Conflicto Social y Violencia. Notas para una discusión*. Memorias del simposio Conflicto Social en América Latina, VI Congreso de Antropología, Bogotá, 1993.

47 Francisco Thoumi, *Economía política y Narcotráfico*, Tercer Mundo editores, Bogotá, 1994., págs. 177 ss.

48 Fernán González, "Tradición y modernidad en la política colombiana" en *Violencia en la Región andina. El caso Colombia*, CINEP y APEP, Bogotá-Lima, 1993.

49 Ana María Bejarano, "Estado, partidos y régimen político durante el Frente Nacional", informe de investigación, octubre de 1995.

50 Medófilo Medina, "Los terceros partidos en Colombia, 1900-1930", en *Nueva Historia de Colombia*, vol II, Bogotá, Ed. Planeta Colombiana, 1989.

51 Para este periodo, se pueden consultar las obras ya citadas de Daniel Pecaú y el libro de Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*, Bogotá, Procultura, 1981.



tecnocrático y centralizante, a veces muy lejano de las realidades regionales y locales. Por esa división, se refuerzan las tendencias presidencialistas del Estado colombiano, asociadas con un manejo más serio y moderno de la economía, que contrasta con el carácter arcaico de la política partidista: este presidencialismo hace más grave la actual crisis de legitimidad porque el cuestionamiento al presidente Samper afecta mucho más la credibilidad de la población en la actividad política, ya que la opinión pública tendía a ver los problemas de corrupción sólo en el Congreso como representante de la clase política tradicional.

Las tendencias centralizantes y tecnocráticas, a veces un tanto autoritarias, conducen también, bajo el Frente Nacional, a una mayor disociación entre el conflicto social y su expresión política por medio del bipartidismo, como se evidencia en las limitaciones de los planes de rehabilitación de las zonas afectadas por la violencia⁵², la expulsión de los sindicatos comunistas de la central sindical oficial, CTC, el fracaso de la reforma agraria con la consiguiente radicalización del movimiento campesino y el surgimiento de nuevos movimientos armados en las zonas campesinas donde había habido lucha guerrillera en los años cincuenta. Todo ello muestra la creciente incapacidad del Estado para asimilar una movilización campesina que se realice al margen del bipartidismo.⁵³ Aunque el gobierno de Lleras Restrepo fomenta, para apoyar la reforma agraria, la movilización y organización de usuarios campesinos, ANUC, cuya radicalización llevará a tomas de tierras y protestas campesinas: esta radicalización, junto con las tendencias antirreformistas de los gobiernos siguientes (de Pastrana y López Michelsen), conducirá a una ruptura más profunda entre movilización cam-

pesina y política bipartidista y permitirá la aparición de un nuevo impulso a la lucha guerrillera.

Por otra parte, esta disociación entre lo social y lo político se hace notoria durante la ruptura de los años sesenta: el ascenso de nuevos sectores medios, el aumento de la cobertura educativa, los rápidos procesos de urbanización y secularización, los cambios en el papel social de la mujer, la mayor apertura del país a las corrientes del pensamiento mundial y los influjos externos de las revoluciones del Tercer Mundo, sobre todo la cubana, y de los cambios de la Iglesia católica, significaron un creciente distanciamiento de estos sectores emergentes frente al marco político del bipartidismo, que pierde el monopolio de los referentes culturales del país. Algunos de los nuevos sectores juveniles urbanos se suman a la insurgencia armada pero otros empiezan a mostrarse cada vez más críticos de la actividad política tradicional, caracterizada cada vez más como clientelista. A estas críticas se suman sectores tecnocratizantes del propio Estado, más interesados en reformas de los aparatos del Estado, que fueran capaces de enmarcar mejor los cambios que la sociedad estaba experimentando.⁵⁴



EL RESULTADO: UNA POLÍTICA AUTORREFERENCIADA

Sin embargo, a pesar de sus crecientes dificultades para seguir asumiendo la representación de lo social y superar sus deficiencias organizacionales, los partidos seguían (y siguen) constituyendo casi el único

52 Gonzalo Sánchez, "Rehabilitación y violencia bajo el Frente Nacional", en *Análisis Político*, # 4, mayo-agosto de 1988.

53 Cfr. Los trabajos de Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966). De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Tercer Mundo editores, IEPRI, U.Nal, 1991. y José Jairo González, *El estigma de las repúblicas independientes*. Bogotá, CINEP, 1992.

54 Tal es el sentido del reformismo de Lleras Restrepo y de su campaña anticlientelista. Cfr. Fernán González, "Clientelismo y democratización. La alternativa liberal", en *Clientelismo, democracia o poder popular*, CONTROVERSIA, CINEP, Bogotá, 1976 "Clientelismo y administración pública", en *Enfoques colombianos*, # 14, Fundación Friedrich Neumann, Bogotá, 1980.

referente permanente de unidad nacional al aglutinar, de alguna manera, otros conflictos e identidades, de carácter parcial y local, con la sociedad mayor de ámbito nacional. Pero era y es cada vez más obvia la distancia entre los rápidos cambios de la sociedad colombiana y los marcos de expresión bipartidista. Sin embargo, tampoco surgen otras organizaciones políticas que los reemplacen en su papel de integración y articulación.

Esta disminución de la capacidad de expresión política de los conflictos va produciendo una creciente crisis de legitimidad de la actividad política en general, que afecta tanto a la derecha como a la izquierda: la política se percibe cada vez más como *una realidad aparte*, en palabras de Daniel Pecaut. Este volcamiento de la política hacia sí misma, hacia su propia reproducción, tiene como contrapartida la creciente desinstitucionalización de las luchas sociales, que se manifiesta mediante paros y movimientos cívicos, protestas ciudadanas, organizaciones populares, etc., bastante al margen de la actividad política oficial. Esta situación es caracterizada por Daniel Pecaut como la *informalización* del conjunto de las relaciones sociales, al ampliarse sustancialmente la brecha que separa la esfera de la política de la esfera de la sociedad.⁵⁵

La situación se ve empeorada por la crisis casi generalizada de los movimientos sociales, señalada por Mauricio Archila⁵⁶, que responde tanto a causas externas (política estatal, violencia generalizada) como internas. En general, los llamados movimientos sociales evidencian la misma tendencia a la fragmentación y disgregación que el conjunto de la sociedad colombiana.

La fragmentación e informalización de la sociedad y la creciente separación de la vida política con respecto a la sociedad terminan por cuestionar la actividad política en sí misma, considerada como la construcción colectiva de la sociedad. Así, Nicolas Tenzer⁵⁷ insiste en la idea de una crisis política global que afecta a las sociedades actuales, entendida como "crisis de la capacidad para resolverse a sí misma". Esta crisis política desemboca, según Tenzer, en una crisis social, pues la sociedad no se percibe como un todo coherente y se

muestra progresivamente incapaz de construir su unidad. Las dos crisis convergen en una crisis cultural, porque los individuos pierden los marcos de referencia y seguridad y se sienten perdidos y desarraigados en el mundo.

Para Tenzer, la política -y con ella el ámbito público- se derrumban porque no hay interés en los asuntos comunes y porque la sociedad se disgrega y pierde su cohesión interna. Lo político se presenta como demasiado ilegítimo para reconstruir esa unidad interna y al desaparecer la conciencia de pertenencia a una Sociedad mayor, la idea de cultura común pierde sentido y los individuos pierden todo punto de referencia, pues no hay un proyecto común que de sentido a su vida social.⁵⁸

Sin embargo, la conciencia de los problemas existentes y la voluntad de afrontarlos conjuntamente pueden ser un punto de partida para salir de la crisis. Por ello, lo grave del momento actual colombiano reside en la falta de un liderazgo que impulse la búsqueda de salidas consensuadas y de un marco institucional aceptado por todos. La extrema polarización de la sociedad colombiana frente al juicio de Samper está expresando la falta de esos consensos mínimos y de esos marcos comunes de referencia. No parece haber consenso de la sociedad colombiana sobre los alcances y el significado de la penetración del narcotráfico en los niveles económico, social, cultural y político, ni tampoco sobre las políticas encaminadas a su solución. Pero tampoco parece darse un consenso sobre el tipo de justicia con la que queremos afrontar el problema, ni sobre el tipo de actividad política que el país necesitaría para salir de la encrucijada en que hoy se encuentra.

En resumen, para afrontar creativamente el momento crítico actual y vivirlo como oportunidad de fomentar proyectos comunes, hay que empezar por superar la lectura entrópica y apocalíptica de la situación, que tiende a leer los problemas sólo desde la perspectiva del caos. Para ello, hay que recuperar la idea misma de la política como construcción colectiva de un ámbito común para afrontar los problemas y tramitar pacíficamente los conflictos. En segundo lugar, habría que plantearse la necesidad de un análisis más desagregado

y menos maniqueo de la clase política tradicional, acompañado de un acercamiento más matizado a la actividad política tal como es, como *el arte de lo posible*. Y, en tercer lugar, habría que pensar en la búsqueda de reformas políticas, concretas y realistas, que tengan en cuenta los dos puntos anteriores, para recuperar la dimensión de la política como actividad ciudadana, propia del ciudadano común y corriente. Estos tres puntos suponen cierto distanciamiento tanto frente a la descalificación a priori de la actividad política y de la clase política profesional como frente al acomodamiento pragmático a la realidad política existente.



55 Daniel Pecaú, *Crónica de dos décadas...*, p.28.

56 Mauricio Archila, "Tendencias recientes de los movimientos sociales", en Francisco Leal (compilador), *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*. Bogotá, Tercer Mundo editores -IEPRI, U.Nal,1995.

57 Nicolás Tenzer, *La sociedad despolitizada. Ensayo sobre los fundamentos de la política*. Ed.Paidós, Barcelona, 1992.

58 Nicolás Tenzer, o.c., pág.13.